



Bohumil Hrabal

Tierno bárbaro



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

BOHUMIL HRABAL

Tierno bárbaro

Traducción de
Kepa Uharte

Galaxia Gutenberg

<i>Círculo de Lectores</i>

Vladimír, maestro de la imaginación táctil, siempre moribundo, a punto de palmarla, sólo para poder alzarse de entre los muertos, rejuvenecer, siempre retomar fuerzas, atravesar la pared con la cabeza, llegar al otro lado y luego por el cordón umbilical volver al principio de todas las cosas, volver a la primera semana de la creación del mundo. Al mismo tiempo era capaz de ser antiguo como el mismo mundo y juvenil como el alba, como las hojas recién nacidas. Vladimír conseguía jugarse su existencia en constante renovación y rejuvenecimiento, era capaz de desmontarla y someterla a la prueba del fuego. Por eso amaba el dolor. Si no venía de fuera, se lo provocaba él mismo. Se sentía responsable únicamente de sí mismo y de los elementos de los que estaba compuesto. Con sus grabados devolvía a los elementos la estructura ennoblecida de su materia.

Regeneró varios mitos... El mito de Dioniso, el bello borracho que es fuente de la actividad artís-

tica, y el mito de Anteo, la historia del héroe que cuando se debilita sólo se puede recuperar tocando la tierra. A Vladimír le entusiasmaban las hormigoneras y sus entrañas, las calderas con alquitrán, los martillos neumáticos, las bombas de acetileno, cuyos tubos y quemadores ronronean quedos y brillan azules, los soldadores de los fontaneros, los sopletes, el hielo blanco que decoraba los mostradores frigoríficos, los pintores de brocha gorda y las salpicaduras de la pintura en los periódicos, las manchas secas de espermatozoides en los calzoncillos, las sábanas manchadas de sangre...

Todos los vicios de la época pasaban por Vladimír: elfismo, teatralidad, irascibilidad patológica, alergia, ficción de estupidez e imbecilidad, dogmatismo, melancolía romántica y oniricidad, aversión a las corbatas, afición por los letreros y las pancartas —le gustaba ser el abanderado—, intransigencia, desprecio a los intelectuales, humildad y delirio de grandeza, gusto por la obscenidad, habladurías de galería, histeria, susceptibilidad, narcisismo, sentimentalismo, suspicacia...

Pero Vladimír podía hacer lo mismo que los motores de los automóviles modernos. Pasar la mezcla justo por debajo de las bujías sin que se disperse en el carburador. Llevar la materia prima directamente al ámbito de la trascendencia. Y eso resultaba en una gran exigencia para con los materiales. Vladimír tenía esta capacidad. Los coe-

ficientes de presión en su cabeza soportaban el mayor calor de la materia, ni más ni menos que Vincent van Gogh, Munch o Jackson Pollock. Por ello sus emociones eran su salud. Sólo así podía sentar las bases de la imaginación científica, únicamente sus relaciones subjetivas con la materia amada le permitían penetrar en el espíritu objetivo de su tiempo. Sus grabados son la apoteosis de la perspectiva materialista universal, Vladimír mismo es un proletario creador en cuya obra celebraba el trabajo de los seres humanos con un nuevo reconocimiento, de esta manera se incorporaba a los que se aplican en un amor activo hacia las personas, por un cambio activo del mundo. Tomando del contrato social solamente la obligación de demostrarse a sí mismo y experimentando en sí mismo que la guerra sólo se puede declarar a uno mismo, que se puede devastar sólo el propio territorio, que está en la cabeza, con su vida no sólo demostró que la explotación del hombre por el hombre es parte del pasado, sino que abolió en nombre del explosionalismo artístico incluso la lucha de clases, porque se puede vivir en paz a expensas del universo y de uno mismo.

Los discos de afilar de la marca Karborundum, con una cola centelleante que quitaba rozaduras y defectos de las palancas de acero, esos discos eran para Vladimír un símbolo de la pedagogía tanto para el individuo como para toda la sociedad.

Durante medio año estuve trabajando en los relojes de péndulo en la Poldi, Vladimír, cuando entraba en el taller, donde en las cadenas trabajaban diez discos manipulados por diez afladores con gafas, Vladimír se emocionaba tanto que se quedaba mirando sin pestañear, volvía a quedar fascinado por lo que veía y lo que se imaginaba...

Una vez Vladimír y yo salíamos de Kroft, como llamaban los viejos vecinos de Libeň a la taberna de los Pudil, discutiendo vivamente. Cuando adelantamos un carrito abandonado en la acera, en el que lloraba un bebé, Vladimír se detuvo, analizó la situación, en varios saltos volvió hasta el carrito, de la cabecita envuelta en mantas levantó una colilla humeante, la exhibió teatralmente y luego la pisó como si fuera un insecto repugnante. Alguien había lanzado los restos de un cigarrillo encendido desde una ventana abierta. Y cuando volvimos a ponernos en marcha, dijo: Doctor, ¿no me compraría papel y pintura, no? Y si así fuera, sabe qué, bajo la impresión de este bebé en el carrito y del cigarrillo quemando al lado de su oreja le haré unos grabados. Unas láminas de lujo, sólo para usted, del niño. Pero usted no me comprará ni colores ni papel. ¿O sí?...

A Vladimír, Bondy y a mí nos gustaba tanto la cerveza que apenas traían el primer vaso a la mesa, horrorizábamos a la taberna entera, cogíamos la espuma con las manos, nos untábamos la cara y

frotábamos la espuma en el pelo como los judíos cuando se friegan sus patillas rizadas con agua azucarada, con la segunda cerveza hacíamos un bis de unto de espuma, así que brillábamos y olíamos a cerveza a la legua. Pero ante todo era una picardía, una expresión de entusiasmo por la cerveza y entusiasmo por la juventud que rebosábamos. Éramos unos chulazos cerveceros.

A Vladimír le gustaba tanto moverse por Praga y lo hacía a tal velocidad que acortaba las distancias entre Žitkov y Libeň, entre Košíře y Střešovice. La vez que echó del tren en marcha el anillo de boda a los bosques de Klánovice, esa tarde se nos perdió por los bosques de Kersko. Por la mañana, cuando abrí la puerta del piso de Libeň, cayó un cartel en el que ponía: Por Český Brod llegué a las 12 horas a Praga, de lo cual os informo. Saludos, Vladimír. Así aparecía en Hlubočepy, así aparecía en Medník en casa de sus amigos surrealistas. Y luego, si tenía una exposición en algún sitio, ya por la noche iba delante del lugar y saboreaba todos los pormenores de la exposición y, durante la exposición, pormenores que no habían siquiera sucedido... A Vladimír le interesaban las cosas que podían suceder. A un amigo que tenía en casa varios quintales de huellas de animales en arcilla, Vladimír le enseñó a dibujar explosionalísticamente. A Vladimír le gustaba convertir las huellas de cangrejos en retratos de personas, y cuando su

amigo le invitó a que bajara con él a las cuevas de Koněprusy a por huellas, Vladimír dijo: De ninguna manera, yo te he iniciado en el dibujo activo, te he contado más que a ningún otro, me da miedo, tú conoces las cuevas, me empujarás de repente y me tirarás a un barranco y luego harás pasar mis ideas por tuyas... de ninguna manera. Ve tú solo...

Vladimír odiaba el dinero. Tan pronto recibía un adelanto, enseguida se lo zampaba, y hasta el pago final tomaba prestados diez coronas aquí, veinte allá, en la vitrina escribía con esmero los nombres de los acreedores, con los que saldaba honradas cuentas cuando cobraba: siempre se levantaba y repartía a todos a los que debía. Luego se quedaba con el resto en la mano y con una gran carcajada decía: ¿Y qué hago con esto? ¿Lo tiro al fogón? ¿O gasto el resto? Y se gastaba el resto y se sentía bien cuando por la noche le prestaban sesenta céntimos para el tranvía o para cigarrillos, pero se iba a casa andando. Cuando le pagaban varios miles por las ilustraciones de un libro, se quedaba horrorizado... Daba dos mil a su madre, dos más a la suegra, se gastaba varios cientos enseguida, y cuando la madre, convencida de que Vladimír tenía dinero, se iba de casa para que Vladimír disfrutara del hogar sin su madre, Vladimír gastaba con un frenesí maniaco el resto de dinero y respiraba aliviado cuando volvía a pedir prestados sesenta céntimos para el tranvía. En esa

época también pensábamos que Vladimír estaría asegurado para varias semanas. Una vez que fui a visitarle, me abrió la vecina y me dijo en voz baja, cuando apunté que Vladimírek podría vivir durante un tiempo: Qué va... ayer se comió las patatas que dejé en el pasillo...

En esa época en la que discutíamos con tanto placer, porque aún teníamos motivos para pelearnos, los vecinos se lo recriminaban a Vladimír, que se defendía: ¿Yo? ¡No, es él! Y señalaba mi ventana. Y cuando me lo recriminaban a mí, yo decía: ¿Yo? ¡No, es él! Y señalaba la ventana de la habitación de Vladimír. Y tras culminar la discusión, cuando cada uno dormía en su habitación, Vladimír con mi hacha en la cama y yo con el cuchillo de cocina de Vladimír, tan pronto uno de nosotros se movía, el otro también lo hacía, si uno se ponía en pie, el otro también se levantaba, encendíamos la luz y por la puerta que comunicaba las habitaciones nos enseñábamos que teníamos el arma del adversario. Y entonces decidimos que emparedaríamos esa puerta. Así que vino de la calle Fraternidad un viejo albañil, desmontamos la puerta y el albañil forró el marco con cartón alquitranado, y le firmamos a la propietaria una garantía de que cuando nos mudáramos lo devolveríamos al estado original... y el albañil colocaba los ladrillos, cogía mortero de la carretilla, Vladimír y yo nos sentamos cada uno en su mesa, mirando

con emoción la lentitud con la que subían los ladrillos, cómo crecía la pared entre nosotros, como si subiera el nivel del agua, nos veíamos el uno al otro ya sólo el busto, Vladimír, que era tan grande, seguía sentado, yo ya veía sólo su cabeza, luego nos pusimos de pie y entre nosotros estaba el albañil sobre la artesa vuelta del revés, le dábamos los ladrillos, el uno al otro nos pasábamos los ladrillos para separarnos el uno del otro, *separatio* de la mesa y de la cama, como aquella anciana que alimentó la hoguera de Hus con un fardo de maleza, luego ya no nos veíamos, pero rivalizábamos con la misma furia y le dábamos los ladrillos al albañil, que, a ojo de buen cubero, amontonó el mortero en la última fase de tal manera que los ladrillos le cupieron con exactitud... Y cuando el mortero se secó, apoyamos la puerta de cualquier manera... y satisfechos respiramos aliviados porque aparentemente ya nos habíamos dejado en paz el uno al otro, sentado cada uno en el suelo de su habitación. Egon Bondy, que vino de visita cuando los ladrillos aún estaban a la altura de la cintura, corría alternativamente por la puerta que venía del pasillo primero a su habitación, luego a la mía, se cogía de la barbilla y buscaba la clave de la separación, si aún podíamos ir a nuestro cuarto y al del otro por el pasillo... Joder, ¿qué están haciendo otra vez?, relinchó y salió corriendo al patio, al sol que lanzaba al suelo del patio hectolitros

de cerveza, y es que Egon, cuando estaba al sol, parecía un fauno que hubiera emergido de una cisterna de cerveza, su pelo rubio le caía junto a las orejas y de la misma manera su barba a la luz del sol estaba bañada por cerveza rubia, así que se quedó de pie agitando las manos y gritando: *Panie Wladimirze!* ¿No le basta con que Europa esté dividida por un muro, que Corea esté dividida, que Berlín esté separado y dividido? ¡Se la suda y no le va servir de nada! Y volvió a entrar enfadado, miró la cabeza de Vladimír desde mi habitación, luego se fue corriendo y miró desde la habitación de Vladimír mi cabeza y saboreó el momento igual que nosotros, el momento en que ya no nos veríamos, el último ladrillo, la última paleta de mortero echada... Y luego por la noche, cuando vino Vladimír y empezó a escribir su diario, oí su pluma recostándose silenciosa y con deleite en las páginas del gran libro más que si el muro no estuviera entre nosotros... Y cuando Vladimír se daba la vuelta en la cama, era como si se diera la vuelta a mi lado, y cuando respiraba, oía su aliento, incluso oía cómo se hinchaban sus pulmones, cómo trabajaba su hígado, oía a través de la pared incluso su corazón aún más, con más fuerza que cuando entre nosotros no había muro. Así que nos encontrábamos sin más en el pasillo, con cortesía, y cuando nos encerrábamos, cada uno en su madriguera nos recreábamos en la presencia del otro al

otro lado más que antes. Y trasladé la cama justo hasta la pared, y al día siguiente desde el patio vi que en el otro lado también Vladimír había movido su cama hasta la pared, así que dormíamos como gemelos siameses, unidos el uno al otro por la columna vertebral de la pared que no nos separaba sino que nos unía aún más que cuando la puerta se movía a placer en sus bisagras. ¿Duerme usted?, susurraba Vladimír. Aún no, susurraba yo a la pared. Yo tampoco... susurraba Vladimír. A veces no hablábamos en absoluto, bastaba tocar la pared con una uña y desde el otro lado oía, igual que Vladimír, que desde el otro lado de la uña se clavaban los dedos en el revoque, rascando levemente, así nos dábamos la señal de que de hecho éramos más amigos que antes... Y sucedió que cuando Vladimír se mudó a Žižkov y yo iba de visita o le iba a buscar a la fábrica, a la taberna En La Parada, volvimos a ello... Volvimos a ser amigos inseparables, pero ya no nos gritábamos, porque cada uno iba por su camino y no competíamos entre nosotros, así que Vladimír acercó una silla y yo desde el otro lado mi banco y con un cincel desconchamos el revoque seco, el mortero, luego soltamos un ladrillo, después otro más y estábamos extremadamente emocionados, como si estuviéramos presentes en el proceso de la operación de uno a otro, como si nos abriéramos el tórax... y nos fascinó lo hermosa que era la habita-

ción del otro, aunque no veíamos más que la frente o la barbilla de nuestro amigo y al fondo la pared blanca y triste... así que sacamos varios ladrillos, luego ya nos veíamos el uno al otro el busto, Vladimír colocó sobre el muro una botella inacabada de licor de guindas, yo desde el otro lado le añadí ron, agitamos y nos servimos el licor... y mientras brindábamos, vino Egon Bondy y se quedó con la boca abierta... luego se colocó sobre el banquillo y miró hacia el otro cuarto, a Vladimír, rodeó corriendo el pasillo y entró en la habitación de Vladimír y desde allí me miró a mí, tras el muro de la puerta, que era una mesa... traje un vaso, le eché la síntesis, Egon bebió, pero luego escupió el licor como si por error hubiera bebido ácido... y se apoyó en el muro, con ambos puños golpeó el revoque, lo golpeó con muchísima suavidad, luego volvió a hacer lo mismo en la habitación de Vladimírek y tosiendo gritó: ¡Cagüendiez! ¡Distensión de la tensión! ¡El entendimiento entre las naciones ha empezado aquí y ahora! ¡Voy a pedirle consejo al filósofo Zbyněk Fišer! Es una rosa, no es una rosa, ¡pues es una rosa! Para que hubiera una caricia, antes tenía que haber una bofetada...

A Vladimír le gustaba ir con la cabeza descubierta, cuando hacía mal tiempo llevaba un sombrero negro de rabino colocado con una elegancia formidable a lo *brummell-dandy*, y cuando llegó el verdadero frío, él mismo se hizo a partir de un

manguito de su madre un fantástico gorro de piel de los que se llevan ahora, con una enorme visera, un gorro como el que llevaban los rabinos de Nikolsburg. Cuando de vez en cuando se ponía una corbata, ya a primera vista no era una corbata sino un collar, no un collar sino una especie de atadero que llevaba intencionadamente torcido hacia la izquierda, así que el nudo permanecía medio tapado por el cuello de la camisa. Soñaba con un jersey elegante y un traje decente, pero cuando lo llevaba a término, enseguida manifestaba sobre sí mismo que era idiota, un imbécil, un burro...

En el bar Mundo nos gustaba beber cerveza y mirar a las mujeres de la limpieza. Una de joven había hecho opereta, ahora era una setentona maquillada y con un delantal cursi. Cuando barría, bailaba con la escoba, todos los hombres le golpeaban con dulzura la mano cuando se acercaba girando hacia ellos. Una neocómica. Se ríe, bebe sorbos de las cervezas de los clientes, cuando empuja el carrito con los platos y los restos de comida y la vajilla sucia canta alegres cuplés. Una loca arpía para desternillarse... Pero ¡alerta! Vladimír: Es una santa... La otra limpiadora, también jubilada desde hacía ya tiempo, actuaba en tragedias en compañías privadas, una máscara trágica amarilla pisoteada en carnaval. Cuando barre, suspira, como si sacara con el atizador los restos de su cremación. Cuando empuja el carrito con la vajilla

sucia, se lleva sus viejos huesos al chatarrero. Un trágico cargo de conciencia. Pero ¡alerta! Le gusta beber, lo que sea. Antes de recibir la pensión ya la tiene gastada en lecheras de cerveza, que va a buscar trágicamente a lo de Vaništa. Vladimír: ¡Otra santa!... Bebemos de pie, mirando a esas dos santas, cada vez que entra alguien, el cierrapuertas se cierra despacito y luego da un golpe tremendo. Así que es como si detrás de cada cliente cayera la tapa de un ataúd de metal en vertical. Y de repente entra Egon Bondy: ¿Dónde estáis? ¡Os he buscado ya en seis tabernas!, grita y levanta los brazos y detrás de él, ¡pumba! Vuelve a cerrar el cierrapuertas. Egon se tapa las orejas. ¿Siempre es así? Vladimír: No, sólo pasa cuando entra alguien... señora Vlaštovková, ¿tiene un destornillador? Y entonces Vladimír acercó la silla, se colocó las gafas, apretó tres veces el destornillador, devolvió el destornillador y todos esperaron al siguiente cliente... La puerta se cerró en silencio, sólo se estremeció la limpiadora trágica, como si le hubieran dado un tirón de la espina dorsal. Egon Bondy bebió una cerveza tras otra, miró a su alrededor, nada por ningún lado. ¿Qué hacen ustedes aquí?, preguntó. Vladimír: Estamos al acecho... Así que Egon Bondy dejó que la cerveza corriera por su barba y antes de que le sirvieran otra se lamió de la barba los restos de cerveza. Y desde la calle del Alcalde bajó una ambulancia, con la sirena encendida, en la

parte delantera chisporroteaba una luz azul, la limpiadora trágica se cogió del corazón, la ambulancia giró, por poco volcó, se paró frente al Mundo, dos viejas en el pasaje se agarraron el cuello y gritaron: ¡Pordiós! ¿Y a quién vienen a buscar ahora! Egon Bondy se asustó: ¡Cagüendiez, si no me pasa nada! Y se buscó el pulso. Del vehículo salieron corriendo dos empleados, sacaron una cama blanca de hule, luego dos frascos y entraron corriendo en la cantina y pidieron que les llenaran las lecheras de pilsen... y cada uno se bebió una cerveza para el camino y se acabaron en jarras lo que no entró en las lecheras rebosantes, en el pasaje las dos viejas que se habían asustado tanto se fregaban la una a la otra con un trapo, y los empleados salieron corriendo con las lecheras, sus abrigos al viento, entraron de un salto en la ambulancia después de meter la cama de hule y las lecheras, y de nuevo la sirena se puso a sonar y la luz chisporroteaba y el vehículo por poco se vuelca en la curva y la gente que venía del palacete se cogía del corazón, ¿a quién se llevan ahora? Egon Bondy dijo: Joder, ¡es un *memento mori*! Vladimír, ¿qué gentuza nos ha atraído? Vladimír estaba entusiasmado, Egon miraba a una Zündapp que venía desde delante del cine y en ella un tipo vestido entero de cuero, con máscara, tenebroso como un buzo, en la espalda una enorme mochila de escalador, apoyó la moto contra el bordillo, entró con

gravedad en el pasaje y luego en el cine. Joder, ¿qué es esto?, farfulló Egon. Vladimír: Es su profesión, va y viene de un cine a otro y en la espalda lleva los registros. Luego vimos al motorista de la máscara pisar la Zündapp y llevarse el registro adonde fuera que empezara el cine media hora más tarde, y bebimos una cerveza tras otra. Cuando salimos bajo el palacete, las paradas ya estaban iluminadas, vino el trece, una mujer subió al último coche con un carrito, alguien la ayudó, pero el cobrador cerró la puerta antes de tiempo y la mujer tenía el carrito agarrado por fuera y el tranvía se puso en marcha y la mujer seguía cogiendo el asa del carrito y con saltos ridículos corrió tras el tranvía gritando, pero el tranvía no se detuvo y el carrito dio contra una farola, crinch, y el carrito se partió, la gente que esperaba al siguiente tranvía gritó o se apoyó contra el muro del palacete, varios osados corrieron hacia el carrito, Egon Bondy se quedó pálido... pero del carrito partido se desparramaron con estrépito botellas de cerveza y el olor de la cerveza vertida llenó la calle... y la mujer gritó al tranvía que se marchaba: ¡Las veinte cervezas me las pagas, cabrón! ¡Señores!, señaló a Vladimír y Egon, ustedes son mis testigos, ¿lo declararán? Egon Bondy berreó: Botellas, botellas, ¿dónde está el bebé? ¡Han crujido unos huesos! Y la mujer dijo: Lo que ha crujido es la caja de las botellas, no esperará que una vieja cargue con

veinte cervezas, ¿no?, Vladimír resplandecía de felicidad y de buen humor creativo. Egon Bondy se tambaleó hasta la oscuridad del pequeño parque, agitando las manos como si ahuyentara una pesadilla: Joder, menudos gags. No se le ocurriría ni a Chaplin...

Cuando alguien empujaba algo en un carrito, las manos de Vladimír ayudaban ya no por un virtuoso amor al prójimo sino por el contacto de la mano con la cadena; donde había alguien almacenando carbón, Vladimír pedía si le podía ayudar. Y sólo un amante al contacto con las caderas de su amada podía emocionarse tanto como Vladimír cuando podía manejar y disfrutar con las manos del mango de la pala, la succulenta materia del asa de un balde, nunca evitaba el polvo de carbón o el hollín, al contrario, luego en las ventanas de la nariz se dejaba unas manchas oscuras de polvo... Una vez salimos al pie del Koráb y nos quedamos alucinados. Unos agrimensores habían dividido la cuesta, antes desierta, en pequeños campos, futuros jardines y huertos, y la gente ya estaba sacando la grama, removiendo la tierra con la azada, los más aplicados trabajaban incluso de noche, así que ya estaban plantando fresas y verdura. Vladimír siempre escogía el campo donde el trabajo estaba menos adelantado y ayudaba, se peleaba con la mala hierba, trabajaba con todo el cuerpo y le gustaba hablar entretanto de lo que experimentaba

cuando le daba la vuelta a la tierra, siempre disfrutaba táctilmente de desflorar con la azada a la señorita tierra... En esa época ayudábamos a una mujer, que además tenía un carrito con un bebé que lloraba todo el tiempo, de tanto calor que hacía en ese campo... Vladimír dejaba caer al sol sus rizos rubios y esa mujer corría hacia el bebé, a veces se sacaba un pecho y le amamantaba... Hacia la tarde Vladimír, cuando se despedía y estipulaba que volvería mañana, la mujer pensaba que Cristo volvía a caminar sobre la tierra y besaba a Vladimír el reverso de la mano... pero otras veces, cuando Vladimírek ponía en el leñero del patio el carbón y empezaba a hablar a una jubilada de sus problemas y su trabajo, la anciana se inquietaba cada vez más, luego miraba durante largo rato el hacha clavada en un zoque y desesperada se quitaba el delantal y cubría el hacha... y no respiraba aliviada hasta que Vladimír y yo nos íbamos, aún salía corriendo para mirar si realmente habíamos girado hacia Hausman, si ya no estábamos...

Con leche desnatada hacía nata, con hollín de carbón brillantes, con un gorrión el ave Fénix, a un tullido lo convertía en un corredor de carreras, siempre que había poco de algo echaba su talento para demostrar que *omnia ubique* y que en lo mínimo está el máximo, que cada punto en el mundo es el centro del jardín del paraíso, mientras que los jardines colgantes se convierten despacio en ruinas

y polvo y en ese polvo se contiene toda la belleza, en una pizca de tierra todo empieza de nuevo...

En los Antiguos Correos había una guapa camarera, una gitana casi rechoncha, y a Vladimír le gustaba sentarse allí a escribir cartas. Y, como siempre, atraía alguna escena. Al sentarme, un joven guapo explicaba: Cuando la conocí, tenía el brazo escayolado, así que solía abrazarla con mi zarpa, sí que ella siempre se quejaba, pero se acostumbró. Los chicos me dibujaron de todo en el yeso, un escritor que vino a una charla en el hospital, como yo no tenía su libro me firmó el brazo en el yeso... pero un marrón, me quitaron la escayola y mi chica, aunque íbamos a casarnos, pues que yo ya no soy tan tierno como antes... y me abandonó. Ayer, ¡por poco me desmayo! A quién vi: A mi ex yendo con un chico que tiene el mismo brazo escayolado. Las mujeres de todas formas son unas perversas... Vladimír siguió escribiendo y su voz gruñó indignada: A mí también me dejó, así que escribo a la fiscal, el presidente del senado me recomendó que fuera delicado con la fiscal... así que le escribo enamorado ya la sexta carta... pero mira, hijo, ¿sabes qué son los experimentos de Marton? Pues ahora mismo estoy yendo. A desnudarme. Una película con mujeres desnudas, unos cables a mi alrededor y alrededor de mis partes, un aparato en el sexo. Una película pornográfica. Las bombillas se encienden, las manillas

de los aparatos chocan, rasgan. Informes para psiquiatría. Martonová, la doctora. ¿Sabes? Y los aparatos descubrieron un complejo de Edipo. Cuando mamá se levanta por la mañana, estoy al acecho, como por error paso desnudo. Sigue teniendo un cuerpecito tremendo. Hace como que no me ve... El joven estaba pensativo, la barbilla hundida en las manos, los dedos hasta los ojos. Luego dijo reflexivo: Traiga la cuenta, sabe, la chica ésa lo tiene supongo de su padre, su padre es de la región de las montañas de los Gigantes, una vez cogió el carné de conducir y se fue a anunciar al consejo nacional una nueva profesión: Anton Hulík, Dios. Un mes después le atraparon en la estación en una gran helada llevando sólo una camiseta. Y en el manicomio no le trataron con shocks, sino que le indujeron la llamada vomitera, así que después de las inyecciones estuvo vomitando tanto que en tres meses se agotó. Y cinco meses después volvía a ser un tipo corriente, un electricista, y le devolvieron el permiso y el carné de identidad... Y se puso en pie, repicó solemnemente en el mantel y se fue. Vladimír siguió escribiendo frenéticamente, alrededor de los labios le brillaban cintas de absentia, sin duda el tabernero le traería la tercera copa, ay, será una carta, será una carta, por misericordia, la cuarta página y Vladimír aún no va de bajada sino cuesta arriba, sigue con su humor maníaco, en el que dice cosas

de las que mañana se arrepentirá... Dejé a Vladimír escribir, prefería ir a dar un paseo por Šlosberk, mi antiguo médico, jubilado, mi médico de distrito, el brazo extendido, la palma mirando al cielo, atrae a los carboneros para que se posen y piquen de él cacahuetes, al verme me dijo... Usted ya tiene mejor aspecto, para qué hurgar... ¡píopíopíopío! Qué, ya ha cambiado de lectura, algo alegre, ¿no? Tiras cómicas, ¿eh? Ayer aquí atraparon a la liebre. ¿Y dónde estará hoy mi herrerillo? ¿Qué, aún supura, supura? Bueno, está bien, y la silla, ¿ya se arregló? Sí. Bueno, qué bonito, un gran éxito de la ciencia. Me di la vuelta para que el doctor me viera mejor, me observó y continuó en el mismo tono: Los niños también dan de comer con la mano, pero a veces atrapan al pajarillo. Desconfianza hacia los niños. Pero sabe, la botella de aguardiente de cereza que me dio, mi mujer y yo nos la bebimos debajo del árbol de Navidad, nos la bebimos. Píopíopíopíopío, ¿dónde está mi herrerillo, mi trepador? ¿Qué hora es? Sí, unos gamberros atraparon a la liebre que llevábamos diez años dando de comer aquí... Se inclinó hacia delante y me susurró, agarrándome fuerte de la mano: Pero hombre, pensar en el suicidio... Le digo: No, yo no, es Vladimír... Y él me dice literalmente: Pero si usted es Vladimír... Píopíopíopío, ¿dónde está hoy mi herrerillo? ¿Mi trepador? Píopíopío...



**MINISTERSTVO
KULTURY**

La traducción de esta obra ha recibido una subvención
del Ministerio de Cultura de la República Checa.

Título de la edición original: Něžný barbar
Traducción del checo: Kepa Uharte

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: abril 2014

© Bohumil Hrabal Estate, Zürich, Suiza, 1981

© de la traducción: Kepa Uharte, 2014

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: xxxxxxxx

Depósito legal: B. 24103-2013

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-55-1

ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5947-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)